

# El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Sucripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id. Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en billetes de fácil cobro.—Corresponsales París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

## Los lances de honor

En el curioso caso-tipo planteado por EL ECO DE CARTAGENA están dando su opinión personas doctas, que por sus estudios sobre la materia y su práctica en estos asuntos de honor, están autorizadas para exponerlas; son los maestros, que con conocimiento perfecto y alteza de miras, nos comunican el fruto de su leal saber y entender, que constituye para nosotros sentencia inapelable.

Más ya que EL ECO pone sus columnas á disposición de cuantos deseen terciar en este asunto delicado bueno es, que al lado de esas opiniones superiores, figure la muy modesta del Aprendiz que vá á utilizar la galantería del decano de nuestros periódicos, y esa opinión no será definidora de buenos principios en estas lides, como lo han sido las anteriores y lo serán seguramente las que le sigan; sino práctica, al alcance de todos, como dictada ó expuesta, por uno que es igual á la mayoría de los humanos seres.

El miedo es libre; esta es una sentencia, mejor dicho, es un axioma; cada cual tiene el miedo necesario para ir sorteando los peligros de este pícaro mundo y desde que nace está toda la vida haciendo equilibrios para evitarse sustos y disgustos; pero á ese axioma tan humano, se une como complemento indispensable la siguiente consecuencia: todos tratan de aparentar que no tienen miedo.

¿Y por qué? Porque la Sociedad, en su sentido más amplio, tuvo el mal gusto de calificar como cobardes á los que lo dejaban traslucir; y á ese calificativo de dudoso gusto, añadió los de gallinas, mujeres, calzoneros, etcétera, etc., y eso de que le desvirtúan á uno el sexo, le notan la falta de calzones, ó lo crean dispuesto á dejarse pisar por algún gallo, es depresivo para la calidad de Nación, Pueblo ó individuo humano, que alterna ó quiere alternar con las Naciones, Pueblos ó individuos, que tienen como ley (no todas precisamente son buenas ni razonables) esa que han dado en llamar Ley del honor.

Porque el axioma y consecuencia antes citados, no son privativos del hombre, sino que las Naciones y pueblos, disfrutan de ellos, pues por algo son constituidos por agrupaciones humanas. No hay más que repasar la historia y se verá que en la mayoría de las guerras, en la casi totalidad de las contiendas de la humanidad, se

ha ido al campo de batalla, á la fuerza, por decoro, aun á sabiendas de que no se podía luchar y de que se sería derrotado forzosamente, pero todo se ha arrojado por la Nación y por el pueblo, antes de demostrar que se sentía miedo ante la grandeza y poderío de los contrarios y de incurrir en el mote de cobarde, por los que alternaban con ellos y le imponían esa determinación dolorosa y cruel á veces, en justa reciprocidad á ciertas ventajas y privilegios, que la alternativa les concedía.

Y en el individuo se vé el miedo y su consecuencia inmediata, la de no dejarlo traslucir: desde pequeño, para entrar en una habitación ó oscuras, para atravesar solo un pasillo, para hacer algún acto superior al miedo innato en él, titubea, duda y sólo se atreve á hacer aquel acto heroico (siempre el heroísmo ha sido relativo), cuando se le dice ¿tienes miedo?; entonces domina el que le embarga y se hace el valiente, contesta que no, y vá á ejecutar lo que no haría, sino fuese porque le teme más al calificativo de cobarde que le han de aplicar, que al misterioso horror que puede encerrar aquel cuarto obscuro ó aquel pasillo traídor.

Más grande, en todos los momentos de la vida lucha entre el miedo que por clasificación divina le corresponde y la necesidad de ocultarlo á sus compañeros y amigos, con quienes alterna y entre quienes vive. Sabe que el beber es malo, por ejemplo, que le perjudica, que será castigado severamente si bebe; el miedo le impide beber y sin embargo, basta decirle ¿tienes miedo?, para que arrostre los peligros de la enfermedad y del castigo, antes de que le tachen de cobarde. Y así es todos los casos y á todas horas; tiene miedo, es natural que lo tenga, pero tiene que aparentar que no lo tiene, pues todo es preferible, antes que el dichoso motecito ¡quién lo inventaría! se le aplique como estigma infamante.

Y llega á hombre; y en cualquier clase de la Sociedad en que viva (que todavía hay clases), tiene que someterse á la ley que impera en el medio ambiente en que vive: si es obrero, jornalero, si pertenece al genuino pueblo, no puede dejarse ofender ni agravar impunemente, so pena de que sus compañeros y amigos le tachen de cobarde, y él, antes que se pronuncie esa fatídica palabra, pega hiere ó mata, ó se expone á que le peguen, le hieran ó le maten: en el primer caso, venga la ofensa recibida y cae entre el articulado del Código Penal; en dos veces valiente. En el

segundo caso, venga la ofensa recibida, (pues ésta quedavengada desde el momento en que se demuestra la voluntad firme y el deseo manifiesto de repeler la agresión recibida) y cae entre las camas de un hospital; es también dos veces valiente. Si venga la ofensa cara á cara y en lucha lo más igual posible, es un valiente; si hiere ó mata impulsado por el miedo, huyendo el huir de un cobarde; en el primer caso, el Jurado casi seguramente lo absuelve; en el segundo, lo echa á presidio por asesino vulgar.

Pues lo mismo sucede con los individuos de la clase media ó de la aristocracia; sólo que éstos, más ilustrados y con la sartén por el mango, se hicieron unos artículos en el Código Penal, y al que hiere ó mata en desafío, por poco si le dan las gracias. Pero el procedimiento es en sí, igual que el de la clase popular, sólo que se cacarea más, se le da mayor publicidad y por recaer entre personas conocidas es más llamativo.

La necesidad de vengar la ofensa, ó de repeler la agresión es la misma; tan hombre es uno, como otro (esto es, suponiendo que los dos sean hombres); los del pueblo, salen desafiados á la calle y se acometen con fiero y matan ó mueren, ó se le quita hierro y salen más ó menos achichonados (no siempre por fortuna, ha de haber cadáveres para racco de nuestros ojos y satisfacción de nuestros caritativos sentimientos); pues entre las personas de la clase media ó aristocrática, es igual; sólo que en lugar de salir á la calle, van al campo; que en lugar de luchar con armas desiguales, se busca la igualdad de armas, y que se reviste el acto de cierto formalismo para huir del articulado del Código penal, que tan sin cuidado tiene al pueblo cuando lo arrostra, y por eso hemos dicho, que era dos veces valiente.

Que se puede dar el caso de que el ofendido vuelva á ser víctima del agresor; ¿y qué? Los Estados Unidos ofendieron á España; pues después de la ofensa, España fué á la lucha y quedó derrotada y no por eso, España dejará de repetir el hecho si se presenta la ocasión, ¿por qué? porque prefiere que la maten á palos, antes de que la llamen cobarde.

Ese caso de que el ofendido pueda ser el castigado en el terreno del honor, se dá igual en el pueblo; el ofensor, con más suerte ó más vino que el ofendido, madraga y lo hace cisco; ese madrugón se evita con el duelo, pues algunas veces todas las precauciones son pocas.

De estos razonamientos se deduce

la necesidad de vengar el agravio inferido, sea cual fuere la clase en que se vive: pues en el caso-tipo que presenta EL ECO, como en todos en general no hay más remedio que empezar por exigir la reparación de la ofensa.

Pero es que el ofender se llama andana y no vá al terreno, dice el articulista; pues bien, ese ofensor debe ser expulsado de la clase en que vive y en la que alterna; por ley fatal, ya expuesta, ya que ha dejado ver que tiene miedo de sufrir las consecuencias de su imprevisión; recibir el calificativo de cobarde, que le aplicarán todos los que más previsores que él, ocultan públicamente lo que no debe enseñarse y aún, los que fueron descalificados y ven que llega un nuevo compañero á su rabajo.

¿Que el tal calificativo no le hace mella?; esto de darse ó no por ofendido en ciertos casos, depende no de teorías filosóficas, sino de la mayor ó menor dureza de la epidermis; depende del cutis, como se dice más gráficamente.

¿Quién hace esa descalificación? Varias personas responsables de la clase en que vive y alterna el ofensor: es el mismo caso que se dá en el Círculo de una Capital: los individuos que van allí, no van llamados por nadie, van por su libérrima voluntad; disfrutan de ciertas ventajas y beneficios, de que no disfrutan otros individuos, y en cambio se someten á su Reglamento que le impone deberes iguales: una vez dentro de aquella Sociedad, se acuerda de que aquellos deberes están en pugna con sus principios filosóficos, ponemos por caso y se niega á cumplirlos; lo natural sería que se fuera con la música á otra parte más en armonía con su filosofía; pero no; quiere ejerce sus derechos y no cumplir sus deberes; ¿que se hace en este caso? La Junta Directiva, en representación de la Sociedad, le planta en mitad de la serpiente de la calle.

Pues esta es la solución al caso-tipo planteado por EL ECO; al que quiere vivir en determinada clase, disfrutar de preeminencias y prerrogativas especiales, ejercitar ciertos derechos y no cumplir los deberes que esa misma clase le impone, se le diga muy corrientemente en castellano castizo:

«Amigo mío: puede V. irse á escardar cebollinos.»

Un aprendiz.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

## ¡Cosas de mi pueblo

# Historia larga... pero pesada

## Competencias profesionales

— CAPITULO XIII —

Mitin electoral democrático.—Habla Don Manrique

### TERCER MITIN

La concurrencia á este mitin es escasa; en el escenario, los seis inseparables del séptimo: todo el partido. En las butacas partidarias de D. Josué, de D. Pacorro y de D. Dio que van á curiosar y ver cómo se destapa un nuevo odorólogo; en las galerías muchos admiradores de D. Gracia Varzo, que van dispuestos á meterle los pies al orador, si como creen, ataca á su ídolo. Varios compañeros de profesión de D. Manrique, asisten por espíritu de cuerpo.

El Presidente.—D. Manrique tiene la palabra.

D. Manrique.—Está escrito que en el primer momento de la creación del partido democrático en este pueblo, fué hecha la luz, la luz alma-mater de la Naturaleza, con que os alumbrásteis espiritualmente para nombrarme vuestro jefe. También está escrito que en el último momento me quedé yo sin e acta, que se perderá entre poderosas ráfagas de luz que cegarán á nuestras numerosas fuerzas y le impedirá no sólo conocerse entre sí, si que también el saber que existen. (Aplausos para animar al orador, que habla como si predicase en desierto).

Un día no lejano, descansaba este humilde luchador en el estrado de la escuela; acababa de desahogar ternas inteligencias; y el convencimiento del mal causado á aquellos jóvenes infantes, que en la barbarie nativa serían más felices, sombreaba con irradaciones de éter sulfúrico mi frente de pensador. El aire venía saturado de quebras (ruinas) de Grecia y traía mojamias del arte inimitable del pueblo, mejor equilibrado que el nuestro en la historia del individuo humano; traía cantos rodados é hidrópicos, de un primo de Homero; y escenas memo-dramáticas del primer esquilador de la humanidad del gran Esquilio; y levantaba muertos como hacia Fidias y Praxiteles en el círculo de mis primeros amores; aquí ni e había besado á la Venus del Capitolio, que más feliz que otra Venus de zurdista memoria (risas telefónicas) no tenía dos guardias de des-orden público en la puerta, gracias á un Pro-consejo, natural de Cisterna-Bstrecha; había pasado por las calles de la Aljorra y traía hojas refrescantes de palmitos frescos; había cruzado las campañas de Fuente-Alamo y de Aledo y traía cauciones etruscas inspiradas en la sararecida atmósfera del arte... del toro; había recibido besos y dos abrazos en el cementerio de Mazarón, la Génova del distrito electoral

y trata sollozos comprimidos de ciento un futuros electores, que con artística desolación dolorosa, fecundaban creadora la tierra de nuestra promisión. Hena de misterios y de esperanzas. (Ovación estruendosa.) Estaba soñoliento y oí una voz purísima que me decía: «¡vístate y anda... y nuevo Lázaro redivivo me levante y anduve—¡hijos que se dice anduve y no andé como dicen muchos en la Pelicónica. (Aplausos al Maestro.) Y aquella voz purísima no era una sola, era el conjunto de seis voces, que cual añadísimo orleón casero, caataba al universo; erais vosotros seis, mis amigos del alma (doce lágrimas asenan por estre bastidores) los que veniais con aquella música celestial, símbolo de cuanto hemos hecho hasta ahora y símbolo también de lo que haremos en el porvenir si Dios uo lo remedia.

Pero vosotros representáis para mí la opinión; opinión con minúscula hoy; pero que mañana será Opinión con mayúscula, pues me lo hacen ver claro mis conocimientos de la telepatía. (Asombro general.)

Iremos á sembrar ideas y á luchar, no como pecadoras por arrepentir, que se arrancan el moño y se llean de arañazos y de improperios; á esa lucha á que nos quieren llevar nuestros contrarios no iremos; yo no descendere nunca del sitial del Pedagogo. (Aplausos.)

¡Ah! qué recuerdos trae á mi mente ese dulce nombre de mi profesión amada: la concatenación de ideas pretéritas produce en mi espíritu tribulaciones, que sólo pueden vencer la ciencia de mi yo pesante. (Cinco jóvenes de la Turquía-Asiática se han quedado dormidos; el sexto los rocía con millones de gotas del agua milagrosa; vuelven en sí y exclaman: ¡qué pico de oro!)

¡Pedagogo! en cumplimiento de mi misión como tal, yo conduje un niño á la Corte; yo le enseñé la doctrina del Padre Ripalda y las flores del Retiro; yo que lo vi despierto y precoz, lo presenté como conductor de pueblos (aplausos ruidosos) y lo puse en camino de ser hombre; y aquel niño prodigio, olvidó á su Profesor y me estropeó el viaje: Razón tiene el pueblo al decir:

«Que el que con niños... viaja sin acta amanece.» (Aplausos)

Dicen que somos de D Josué: ¡jamás!; pedrán haber relaciones amistosas, porque no en balde hemos remontado juntos la cometa de la ilusión, en nuestra pasada juventud;

—How do you do? ¿cómo está usted?—preguntó muy seriamente al joven.

Es la frase sempiterna de saludo, la misma para todo el mundo.

—Muy bien, gracias—respondió el joven.

En la puerta del salón, anunció el ujier otro personaje.

—How do you do?—exclamó de nuevo el baquero extendiendo el brazo.

Pero toda la atención de los invitados se había fijado en Olivier.

Un murmullo aprobador indicaba que hombres y mujeres lo encontraban muy distinguido.

Su compañero le había presentado ya á varias notabilidades de la banca y de la industria, una colección completa de cráneos cañvos y de barbilias rojas.

Pero de pronto, Olivier Coronal divisó sentada en un extremo del salón, á una joven alta y rubia de maravillosa belleza; el resplandor de las arañas hacía centellear los diamantes de su tocado, y tenía fijos en él sus grandes ojos claros.

A su lado había, sentado, un hombre de rasgos enérgicos.

La joven hablaba y al mismo tiempo designaba con la mirada Olivier que, sin dejar de estrechar maquinalmente la mano de un nuevo personaje

todos los recuerdos dolorosos que había procurado acallar ó adormecer mediante un trabajo obstinado.

—¡Qué lástima!—pensaba allí en su interior—que esta joven tan maravillosamente hermosa sea miss Aurora Bollyn, de quien he oído siempre hablar á Ned como de una criatura egoísta y vengativa!

—¿Quiere usted que hablemos un poco?—repuso Aurora.—No sé si conoce usted las opiniones de mi padre; execra á Europa y á los europeos. Pero—añadió la joven,—al menos en ese concepto, no me parezco á él. Encuentro en el ingenio y en la conversación de los compatriotas de usted algo picante y ligero que no excluye la seriedad y que se echa de menos en los yanquis, según yo oí.

La joven acababa de sentarse. Continuaba sonriendo mientras que Olivier Coronal se dejaba llevar de sus pensamientos, de pie, con la mirada fija en la joven y con el rostro alterado.

La conversación continuaba. El no podía cortarla bruscamente sin cometer un acto de desoportunidad.

A pesar de la agitación de sus sentimientos procuró serenar su rostro, y obedeció á un gesto de la joven que le indicaba un asiento á su lado.

dinero, la colaboración de una célebre actriz parisiense, que en aquellos días hacía una tournée por América.

Aquello era el gran acontecimiento de la velada (great event), el asunto de las conversaciones de todas las señoritas y de todos los caballeros que, por una noche, habían dado de meno á los negocios para corresponder á la invitación del banquero.